



# MIRU, EL CUIDADOR DE LA FUENTE

*Por Ada Albrecht*

**E**l *Ashram* del *Guru Dharmananda* era un lugar pleno de Sabiduría y Amor. Allí el Maestro impartía a sus discípulos las más profundas enseñanzas metafísicas siempre embebidas en la dulce ambrosía de la Devoción. Él enseñaba tanto con sus palabras como con sus obras. El cuidado de las plantas, la atención de los animales del *Ashram* y el velar por el bienestar de todos los seres vivientes eran actividades cotidianas del *Guru Dharmananda*.

Había estudiantes que visitaban el *Ashram* sólo por un breve tiempo. Estudiaban algún Libro Sagrado y luego partían hacia sus hogares y trabajos en la ciudad. Otros permanecían por un período más prolongado, y después se marchaban. Pero había algunos que, conscientes del lugar donde se hallaban, habían hecho del *Ashram* del *Guru Dharmananda* su hogar. Uno de ellos era Miru.

Él era —por propia voluntad— el cuidador de la fuente de lotos del *Ashram*. Hacía ya muchos años, había pedido autorización a su Maestro para que le permitiese mantenerla limpia, removiendo de su superficie las hojas de los álamos que se caían durante el otoño, y alimentando diariamente a los peces que vivían en ella. Así pues, el agua de la fuente se encontraba siempre cristalina y los peces felices.

Cuando la campana del *Ashram* llamaba a la oración, los discípulos se encaminaban al Templo del Señor Shiva, Dios de la Liberación y, *Rudraksha* —rosario de rezo— en mano, recitaban los Nombres del Señor. Iban todos los estudiantes, menos Miru, que munido con una escobilla, tomaba el sendero hacia la fuente, y allí permanecía largo tiempo aseándola.

Todos los viejos discípulos sentían una gran admiración y amor por Miru; sin embargo, entre los estudiantes que frecuentaban el *Ashram* por un tiempo más o menos breve, siempre había algunos que no comprendían su actitud, y en tono de crítica preguntaban:

—¿Cómo es posible que el *Guru* Dharmananda permita que Miru se dedique a la limpieza de la fuente en horas de meditación?

Cierta vez, viendo que esas críticas nacidas de las mentes más inquietas perturbaban la paz del lugar, el *Guru Dharma-*nanda reunió a los estudiantes más jóvenes y les dijo:

—Todos ustedes han permanecido en este *Ashram* por un tiempo relativamente breve. La mayoría vienen para irse poco después. Todavía no han asentado los pies en esta sagrada casa y ya quieren marcharse de ella, apegados a lo que abandonaron en la ciudad. Miru es mi discípulo más viejo. Ha estado conmigo por varias décadas, y nunca se ha ido del *Ashram*.

—¿Pero por qué no se une con el resto de nosotros en las horas de meditación? ¿Por qué lo vemos siempre encaminarse a la fuente ni bien tañe la campana? —preguntaron ansiosamente los estudiantes.

—Pregúntenselo a Miru —dijo Dharmananda, y se marchó, dejando a sus estudiantes intrigados y deseosos de develar el misterio del extraño cuidador de la fuente.

Siguiendo el consejo de Dharmananda, fueron en busca de Miru. Lo encontraron aseando la fuente. Cuando le interrogaron sobre su comportamiento, Miru les dijo:

—Hace veinticinco años que higienizo las aguas de este sagrado lugar. No remuevo de él las hojas caídas de nuestros hermanos álamos; lo que remuevo en verdad son las impurezas de mi mente. No doy de comer tan sólo a sus pececillos,

sino que con esa acción cotidiana desarrollo la virtud de la compasión y el amor por los que me necesitan. Cuando veo que las aguas están limpias, sé que ellas son el reflejo de mi propia mente purificada. Mientras ustedes oran en el Templo, yo oro aquí, y es aquí donde recibo la Gracia, en mi interior, del santísimo Dios de la Liberación. Amo profundamente la Casa-Templo donde Él habita. Desde hace veinticinco años, todas las noches voy a Su Templo y recito los Mil Nombres de Shiva y voy al amanecer a postrarme a Sus Pies, pidiéndole Devoción. Sin embargo, nunca descuido mi trabajo en esta fuente, pues es la *Sâdhana* que se halla acorde a mi naturaleza, la cual me he impuesto a fin de llegar, algún día, a ser merecedor de Shiva, el Padre del Cielo.

Después de escuchar las palabras de Miru los estudiantes se retiraron en silencio. Aquellos que lo criticaban se sintieron profundamente abochornados, y el resto de sus compañeros felices de tener un hermano como Miru, que les enseñara tanto en tan pocas palabras, y con tanta humildad y amor en sus labios.

*Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura*

---